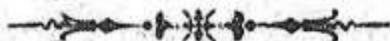




Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma



Año LXIII.

3 DE JULIO DE 1922.

Núm. XIV.

NUMERO EXTRAORDINARIO



La Visita ad Limina

y el XXVI Congreso Eucarístico Internacional

Nuestros compromisos de pontificar y predicar en Avila y en Soria los días 8 y 13 del mes corriente, con motivo de las extraordinarias solemnidades que celebraron las Madres Carmelitas Descalzas de ambas ciudades para conmemorar y festejar el tercer centenario de la canonización de Santa Teresa de Jesús; nuestro compromiso también de presidir en el convento de S. Pedro Regalado y en Roa las quintas y sextas fiestas religiosas y asambleas de sindicatos católico-agrarios, celebradas para conmemorar y festejar asimismo el tercer centenario de la canonización de San Isidro Labrador nos han impedido hasta hoy comunicar a Nuestro amado clero y fieles nuestras impresiones, referentes a la visita ad Limina y al XXVI Congreso Eucarístico Internacional.

En Lourdes

En viaje de ida y de vuelta a Roma nos detuvimos en Lourdes. Aparte de la dulzura y paz que el alma siente, cuando recogida dentro de la Santa roca de Massabielle, eleva a Jesús por medio de la Inmaculada el rumor de la humilde oración, junto con los murmullos de las cascadas aguas del Gave, y con los suaves murmullos de la ferviente oración de centenares de devotos de María; *un alto* en Lourdes, en aquel teatro de las grandes maravillas de Jesús Sacramentado nos proporcionaba el consolador medio de celebrar la Santa Misa, divino, incomparable y óptimo Viático para viajar en la tierra, y para viajar de la tierra al cielo.

El grato encuentro a la ida con la peregrinación de la Adoración Nocturna Española, y a la vuelta con la navarra, nos proporcionó hermosa ocasión de tomar parte en los cultos que ambas peregrinaciones organizaron en Lourdes, y de dirigirlas breves pláticas, para decir a los primeros que los felicitaba muy cordialmente porque veía resellados a los peregrinos adoradores con la triple etiqueta del buen cristiano, *amor a la Eucaristía, amor a la Virgen María, amor al Papa*: para felicitar a los segundos por el fervor religioso y alegría consoladora de que dieran ejemplo en toda la jornada, y para exhortarles a que de día en día progresasen en el amor a la Santísima Madre de Dios y Madre nuestra.

En Roma.

«A los pies del Supremo Pastor de las almas—decía el BOLETIN ECCLO. n.º X. 16 de Mayo de 1922—pondrá S. S. Ilma. y Rvdma. el amor filial y la inquebrantable adhesión de la diócesis de Osma a la Cátedra Romana, y, postrado ante los sepulcros gloriosos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, rogará con fervorosas preces por la prosperidad de su amada diócesis de Osma, suplicando al Vicario de Cristo en la tie-

rra la Bendición Apostólica para sus amantes hijos, e impetrando del Cielo copia abundantísima de espirituales venturas para la grey confiada a su cuidado Pastoral».

Lo que os prometimos entonces ha quedado realizado.

Ante la Confesión de San Pablo,

Postrados de hinojos ante la confesión de S. Pablo que guarda la mitad de los cuerpos de S. Pedro y San Pablo, y comparando nuestra pequeñez con la grandeza de Aquel que fué calificado por San Bernando «*Un angel terrestre, un hombre del cielo, un celo incomparable*» pedimos para Nós y para Nuestro clero la triple gracia de repetir sinceramente como S. Pablo: *ego sum minimus apostolorum* (1): de llevar el nombre y la redención de Jesús a todos y a cada uno de Nuestros diocesanos: *Ut portet nomen meum coram gentibus...* (2) y de no perdonar trabajos y sufrimientos, si estos han de contribuir a dilatar el reinado de Cristo Señor en las almas. (3)

Hemos de ser, Nos y vosotros, Obispo y sacerdotes, *ángeles terrestres*, esto es, varones espirituales y solo así gozaremos del prestigio, de la veneración y confianza que nos hace falta para el éxito de nuestras obras en medio de los pueblos; tenemos que ser *hombres del cielo*, es decir imitadores de Jesucristo que conversó, vivió y trabajó en la tierra con los hombres, que convirtió la tierra en cielo, primero con la adorable presencia y despues instituyendo la Eucaristía, pero que fué *Hombre celestial*, Dios y hombre verdadero que purificó la tierra, la envolvió en atmósfera divino-celestial y le señaló para galardón su reino: quia

(1) I. Cor. XV.

(2) Act. IX.

(3) In laboribus plurimis... Ter virgis caesum sum, semel lapidatus sum. II Cor. XI, 23 et se 59.

vado parare vobis locum: Ioan. 142: hay que desplegar *celo incomparable*, esto es, debemos estar siempre dispuestos a dar y dejar todas nuestras comodidades para salvar las almas. La cátedra del Espíritu Santo; la explicación del Santo Evangelio en domingos y fiestas; la catequesis de niños y de adultos; la asiduidad al confesonario; la dirección, consejos y conversaciones particulares; el anhelo insistente para que ningun enfermo moribundo parta de su parroquia a la eternidad sin la cariñosamente santa visita de su pastor, sin que reciba los santos Sacramentos; el apoyo, ayuda y limosnas espiritual y material al pobre, al necesitado; la visita a las escuelas, en uso de un derecho, reconocido por el Estado; la cooperación del clero a la obra redentora de los Sindicatos Católico-agrarios, y a la cristiana solución de las grandes cuestiones sociales de nuestra época, el apoyo entusiasta del mismo a los Círculos que sean Católicos *de nombre y de hecho*; el establecimiento de cofradías, asociaciones, etc... para llevar a los fieles frecuentemente a *comulgar*; la asistencia a enfermos heridos de pestilencia, sin temor al contagio y a la muerte, y *todo ello*, hoy, mañana y siempre, sacrificando, si hace falta, descanso y comodidades, salud y fuerzas, la vida entera, he ahí el teatro donde debemos desplegar el *celo incomparable*, sino con la extensión o intensidad del gran Apostol de las gentes, por lo menos en la reducida esfera de nuestros cargos y de nuestras débiles fuerzas.

Ante la Confesión de San Pedro

El mismo día en que hicimos la visita a «San Pablo», nos arrodillábamos ante la «Confesión de S. Pedro». Fué San Pedro, el Principe de los Apostoles de fe mas ferviente que los demás *Fidei ferventioris quam coeteri*. (San Jerónimo).

En aquel templo, el mas hermoso del mundo, se nos parecia que Jesucristo nos preguntaba una vez mas.

Quem dicunt homines esse Filium hominis ? Vos autem quem me esse dicitis? (1) Quien dicen los hombres que es el Hijo del hombre? *Vosotros*, Obispo, clero y fieles de la diócesis Oxomense, ¿qué pensais, qué decis de Jesucristo?... Y desde lo más íntimo del alma, en compañía de los Santos Apóstoles, Martires, Confesores, Virgenes, Santos y Cristianos todos de veintiun siglos; al unísono con San Pedro y Pío XI; con vivos deseos de confesar a Cristo en medio del mundo y a costa de cualquier sacrificio; en nombre propio y en el de Nuestros diocesanos, pudimos responder, y en efecto respondimos: *Tu es Christus Filius Dei vivi: Tu eres Cristo, Hijo de Dios vivo*: (2) creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo;... en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana,... en la vida perdurable, Amén. Creemos que solo en Jesucristo hay palabras de vida eterna, sólo en la Iglesia Católica la salvación, y queremos vivir y morir como buenos cristianos, como hijos sumisos, dociles y obedientes de nuestra Santa Madre la Iglesia, cuya cabeza invisible es Jesús y visible el Papa.

En premio de nuestra confesión, el Salvador confortaba nuestra fe, y nuestras esperanzas, recordándonos espiritualmente las palabras que dirigiera a Pedro, en premio de su confesión: *Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. (3).

Maravillosa y estupendamente se ha cumplido, amados diocesanos, a través de los siglos, la promesa divina: *el error, la impiedad, la crueldad*, luchan contra la Iglesia; las persecuciones de todo género, han querido batir esa roca santa, como baten las olas en alta mar las rocas incommovibles; muchos tronos se han de

(1) Matt, 16, 13, 15.

(2) Matt. 16. 16.

(3) Matt. 16. 18.

rrumbado, hechos astillas; han desaparecido las dinastías que parecían más poderosas; han *pasado* reinos y más reinos.... lo que no pasa ni pasará jamás es la palabra de Jesucristo; la fe de la Iglesia vive íntegra, pura, robusta y fecunda; Pedro vive por su augusta majestad y pronuncia sus oráculos indiscutibles e indiscutidos; la roca de la Iglesia deshace las tempestades, humilladas ante su eterna constancia; la dinastía de los Papas no desaparece jamás: el Papa podrá ser anciano, mas el Papado conserva lozana juventud: unas veces se llama Pedro, otras Lino, Cleto.... Pío, León, Pío, Benedicto y Pío: mueren las personas, pero vive el Vicario de Cristo....: el cuerpo es mortal, mas el alma inmortal: *non praevalerunt adversus eam*: las potestades todas del averno y de la tierra, no prevalecerán jamás contra *Ella*.

¿Os apoyais todos, amad. dioces. en esa roca?..... ¿sois dóciles a las enseñanzas y preceptos de la Iglesia...? ¿navegais siempre en esa incomparable Nave, piloteada por San Pedro, y que empujada por brisas del cielo, va, rumbo a la eternidad, a echar anclas en los puertos de la gloria? meditadlo seriamente y tened entendido que, sólo quien se afirma en esa Roca, y navega en esa nave, y obedece a la Iglesia participará de las promesas de Jesucristo.

El Congreso Eucarístico

No es posible detallar una por una las magnificas solemnidades religiosas y cívicas que se celebraron en la Ciudad Eterna con motivo y durante los días del Congreso—24, 25, 26, 27, 28 y 29 de Mayo último.

La incóparable Misa Papal con asistencia de más de 40 Cardenales, 400 Arzobispos y Obispos, Corte Pontificia, Embajadores... innumerable concurso de sacerdote, de religiosos presididos por sus Rvdmos. Generales, de incontables fieles que llenaban por completo las vastas naves de «San Pedro» en el Vaticano;

las Misas Pontificales de los Emmos. Cardenales, las comuniones generales de niños, de Hijas de María, de jóvenes estudiantes, de adoradores nocturnos y diurnos..., los cultos y bendiciones Eucarísticas en varias Iglesias; las asambleas en la Basílica de los Doce Santos Apóstoles, los discursos, las iluminaciones... todo fué grande, magno, espléndido, como desarrollado y encerrado en marco de soberana grandeza y exquisita piedad y gusto.

Dedicaremos más líneas a la actuación augusta de Nuestro Santísimo Padre, el Papa, Pío XI, en algunas solemnidades, y al triunfo de Jesús Sacramentado en la Vigilia de la Adoración Nocturna, en la noche del 26 al 27, y en la procesión del día 28.

Apoteosis del Papa y del Papado.—Día 24.

Era la tarde del 24 la señalada para el acto inaugural del Congreso. El enorme patio del Belvedere resultaba pequeño para contener a más de cuarenta mil Congresistas. Sobre un amplio estrado, habíanse colocado asientos para los Emmos. Cardenales, Embajadores, Arzobispos, y Obispos, Abades mitrados, Generales de Ordenes religiosas.... no exageramos al decir que ascendía y superaba a cuatrocientos el número de todos.

Mientras aguardábamos con anhelo la llegada y la presencia del Papa, la compacta muchedumbre que había venido de muchas y muy apartadas naciones del globo y que hablaba muchas lenguas,—*ex omni tribu et lingua*—recalentaba aquel ambiente de piedad, haciendo resonar en el inmenso espacio fervorosos himnos eucarísticos. A nosotros nos recrearon dulcemente el oído las acordadas notas del Congreso Eucarístico de Madrid, cantado y coreado por el grupo de Congresistas españoles, el más numeroso entre todos los extranjeros.

A la voz de «viene el Papa» todos enfocan sus mi-

radas al trono que había de ocupar: y cuando el Padre, Pastor, Maestro y Rey estuvo ya presente a sus amados hijos, ovejas, discipulos y súbditos, diríase que un resorte secreto movió el corazón, las lenguas y manos de los últimos: ¡qué aplausos, qué vitores, qué poderosos vivas al Augusto Vicario de Cristo!

Europa, America, Asia, Africa y Occeania, representados allí—*ex omni tribu et lingua*— ofrendan al Santo Padre los homenajes de amor, veneración y respeto del mundo *sujeto a Cristo y a El*; es el estallido glorioso del entusiasmo religioso-filial; es la glorificación patente del Papado, sobre todos los demás poderes de la tierra; es la bendita y consoladora *apoteosis del Papa*.

El discurso del Santo Padre.

El Discurso Pontificio, tal como lo trae «La Croix» en su número del 28 de Mayo, es como sigue: (1)

«¡Alabado sea Jesucristo!» Estas son sus primeras palabras, dichas con voz fuerte y clara.

«Sea siempre bendito y alabado», responde la multitud.

«Gracias y alabanzas séanle dadas a cada instante», añade el Pontífice; y cuando la multitud acaba respetuosamente la invocación, Pío XI la completa y precisa diciendo: «Gracias y alabanzas sean dadas a cada instante al Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento».

Este corto diálogo establece entre el augusto orador y su inmenso auditorio una especie de conmovedora intimidad. El silencio se hace todavía más religioso y más profundo. La multitud se ha dado cuenta de que la voz poderosa del Papa hará bien perceptible cada palabra del discurso esperado.

En efecto, el discurso de Pío XI, pronunciado con

(1) La traducción, fidelísima por cierto, es del «*Siglo Futuro*» 5 de Junio.

marcada distinción, resuena admirablemente en el inmenso patio:

«Con mucha oportunidad, eminentísimo Cardenal protector a quién Nós llamaríamos con gusto el heraldo Pontificio predestinado de estas sesiones eucarísticas; con mucha oportunidad habéis advertido que una serie no interrumpida de veinticinco Congresos han precedido a este, y que después de un largo intervalo, impuesto por la terrible guerra europea, por sus enormes trastornos y por el espantoso azote de sangre, fuego y lágrimas infligido a la pobre humanidad, inaugura una nueva serie este vigésimo sexto Congreso.

A todo aquello que comienza, y también a todo lo que vuelve a empezar, se le dá siempre un carácter de solemnidad y de grandeza que es una garantía del porvenir. Por eso no creemos engañarnos al considerar la circunstancia indicada como digna, en efecto, de atraer nuestra atención, por ver en ella suficiente razón para concebir muy magníficas esperanzas. Quiero decir que realmente, al reanudarse la gloriosa serie de Congresos Eucarísticos, debe volver a comenzar, y comenzará, por la gracia de Dios y por la bondad infinita del Corazón Eucarístico de Jesús, aquella plena pacificación que es la primera e indispensable condición de toda reconstrucción social.

En el retorno de la sociedad, en el retorno también de Jesucristo al seno de la Sociedad es donde debe buscarse la fuente de tal regeneración, que es la esencia misma, la sustancia más verdadera y más sólida y hasta la única y verdadera y sólida de toda reconstitución.

Porque los que han perseguido, relajado y desterrado lejos de la sociedad y en sus tabernáculos solitarios a Jesús, han sido la soberbia y el orgullo del espíritu humano: quien ha exasperado los corazones y fomentado recíprocos odios, ha sido el refinamiento

sensual, propio únicamente de los bienes materiales. De esta manera, Jesús se ha visto alejado de la humanidad. Y de este modo también la humanidad ha perdido al propio tiempo la paz.

¿Dónde está el remedio? Está en la Eucaristía, en la solemne adoración del más Santo de todos los Santos Sacramentos, de la más divina de todas las cosas divinas.

Aquí es donde el espíritu humano se humilla ante la Majestad de Dios y le ofrece el homenaje de la fe que cree y que nada ve, pero adora; porque en el culto de este Sacramento, en la adoración y acción de gracias, en la adoración y en la suplicante plegaria es donde realmente se sienten hermanos Filemón y Onésimo, los grandes y los pequeños, los amos y los criados, los gobernantes y los súbditos.

Sí. Sólo Jesús-Hostia puede traer la paz, paz que todos siguen buscando, porque sin duda no ha comenzado aún a cubrir con sus blancas alas a la trastornada sociedad, la paz que el mundo no puede dar de ninguna manera, porque sólo puede ofrecernos bienes indignos del corazón humano e incapaces de satisfacerle.

A este Jesús le habéis invitado vosotros, y El ha oído vuestra llamada. Vosotros habéis venido de todas las partes del mundo, y El sale a vuestro encuentro, rompe el silencio del tabernáculo y he aquí que reaparece entre los hombres y vuelve a reinar la paz, la paz verdadera y no únicamente una apariencia de ella, sino la realidad viviente de la paz que el mundo no puede dar y que tampoco, loado sea Dios, nos puede arrebatarse.

Vosotros sois esa paz verdadera, vosotros que habéis venido de todos los puntos de la tierra sobre los cuales se desencadenaba poco ha la espantosa guerra. Vosotros, olvidando este pasado, no os habéis acordado más que de lazos de unión que os juntasen en la fe y en la caridad de Jesucristo.

Mis queridas hijas, las que componen la Federación Internacional Católica Femenina, habrán dado ya elocuentísima muestra de estos hechos magníficos. Ellas, las mujeres cristianas, son siempre las primeras, así al pié de la Cruz como en el sepulcro. Vosotras las habéis seguido hoy, y vuestras masas imponentes representan con lucimiento a todos los que os han acompañado en espíritu. Vuelo hermosísimo de almas que acuden aquí a descansar sobre la tierra santificada por la sangre de los Mártires, en esta Roma donde Cristo se ha hecho romano...»

Aplausos irresistibles interrumpen aquí al augusto orador, que reanuda en seguida el hilo de su discurso.

«En esta ciudad de Roma — continúa el Papa—, que, cabalmente, a causa de esta divina realidad, es la patria de todas las almas cristianas, cualquiera que sea el lugar donde ellas estén, cualquiera la latitud geográfica desde donde ellas eleven a Dios sus plegarias en demanda de la paz verdadera. Sed, pues, bienvenidos a la casa del Padre Celestial, a la mansión de la paz, de una paz llena de acción tal como todos que somos, y cuya necesidad sienten todos con más o menos claridad. Sí. Todos, para realizar una paz semejante, sienten consciente e inconscientemente la necesidad de que la sociedad vuelva a Dios y vuelva al seno de la sociedad.

Y Dios volverá. Y vosotros sois por quienes. El volverá. Vosotros abriréis las puertas de vuestras almas y de vuestros corazones y de vuestras familias y de vuestras Patrias: todas las puertas cederán al dulce imperio de vuestra fe y al ejemplo bienhechor de vuestra piedad.

Pero todo esto ya está conseguido. Vuestra presencia aquí nos da de ello consoladora seguridad. Os veo ya extender vuestro soberbio cortejo por las históricas vías de la Ciudad Eterna, y en medio de vosotros, avanzar al Rey inmortal de los reyes.

Habéis hecho violencia al Corazón de Dios; le habéis hecho salir de sus tabernáculos; le habéis dicho: *Intende, prospere procede, et regna*.

Los aplausos interrumpen por segunda vez el discurso del Soberano Pontifice, que continúa luego en estos términos:

«Y Dios avanza y reina en vuestros corazones, y por vuestro medio reina en todas partes, y pasará con vuestro cortejo por estas calles tan llenas de pensamientos y recuerdos. Pasará, y sus ojos eucarísticos volverán a ver los lugares bañados con la sangre de tantos mártires; volverá a ver en la gloria de vuestra adoración la santificación de su ciudad. He aquí, pues, a Jesús que ha vuelto a reinar en medio de su pueblo. En todas partes donde en lo futuro se celebre un Congreso Eucarístico, ora sea en una gran ciudad ora en humildísima aldea, Jesús volverá a entrar triunfante en lo íntimo de la vida humana y también en la vida pública, a la luz plena del sol, en la ancha corriente de los acontecimientos luminosos.

Tales son las dos cosas magníficas por las cuales debemos dar gracias al Señor, y en las cuales es preciso ver consoladores auspicios para el porvenir. Jesús reinará, volverá a ocupar el sitio que le pertenece, el que sus derechos eternos le señalan y al cual le llama la voz inocente de sus hijos; vuestra voz, hijos predilectos del Corazón de Jesús, tiene en este momento palpitaciones de ternura nueva, y ella es para nuestro Congreso Eucarístico firme garantía de santo y bienhechor éxito.

Nos hallamos en el santo mes de mayo, en el mes de la Santísima Virgen María. Ella mira sonriente vuestro Congreso y vuestros trabajos que se realizan en el mes que le está consagrado; hoy mismo celebramos la fiesta de María Auxiliadora. Este día nos recuerda el poderoso auxilio que María dispensa siempre a su pueblo, y la barbarie musulmana vencida en

Lepanto. Nos recuerda también al Vicario de Jesucristo restituído como por la mano de María a esta Roma de donde la violencia le había desterrado. María se halla hoy también entre nosotros. Paréceme verla como hermosísima aparición conduciendo por sí misma a Jesús, que es también nuestro Jesús, por las calles de Roma. Vais a alcanzar, amadísimos hijos, el imponderable honor de acompañar en este paseo a Jesús y a María. El espectáculo de vuestra caridad pacífica ha hecho ya decir a los paganos de nuestro siglo: «¡Mirad cómo se aman!» El nombre de Jesús, así como vuestra piedad, vuestra piedad, vuestra devoción y el espectáculo de vuestra fe, dicen a todos los presentes y a los ausentes, a vuestros contemporáneos y a las generaciones futuras, que el Congreso Eucarístico de Roma no ha sido indigno de la Santidad y de la grandeza de esta ciudad tan amada del Corazón de Jesús.

Ojalá que por la bendición que os concede hoy Jesús, vuestra edificante actitud obre como un ejemplo atrayente sobre otros corazones y otras almas, para gloria de María y de Jesús, inmortal Rey de los siglos. Ojalá que el Corazón de Jesús sea efectivamente glorificado como lo fue por la generosa confesión de los mártires, cuyas tumbas y reliquias habéis venido a venerar.

Que la bendición de Dios descienda después, sobre vosotros, sobre vuestros trabajos y sobre todo cuanto hagais para exaltar a Jesús en la Eucaristía, y sea de ello prenda y señal la bendición apostólica que con corazón agradecido a Dios que os ha juntado y a vosotros que habéis venido, os concedemos con toda la efusión de Nuestra alma.»

**La Apoteosis de Jesús Sacramentado
en la Vigilia de la Adoración Nocturna — Día 26 al 27.**

Siempre nos pareció altamente meritoria para las

almas y de mucha gloria para Jesucristo la obra santísima de la Adoración Nocturna.

Los adoradores nocturnos!... ellos son los que con sus fervorosas vigiliass embotan la espada de la justicia divina, pronta a caer sobre los pecadores que perpetran sus mayores pecados y crímenes en las tinieblas de la noche; ellos, los que supieron *vigilar* no una hora, sino muchas: *¿non potuistis una hora vigilare mecum?* (1) junto a Jesús, prisionero de Amor; los que recordando perpetuamente las maravillosas invenciones del Amor divino hacia los hombres, cantan las alabanzas del Señor—*qui reminiscimini Domini, ne taceatis*.

Como David se levantan de noche para confesar y adorar al Dios vivo (2); como los vigias que sobre Jerusalem constituyó el Señor, *todo el día y toda la noche* hacen resonar ante el tabernaculo de la Nueva Ley las alabanzas eucarísticas (3); como los afortunados pastores israelitas postráanse de hinojos ante Jesús en Belen, en la casa de Dios, en la casa del *divino pan* de la Hostia santa, de la *Hostia* pura, de la *Hostia immaculada*, Pan santo de vida eterna y caliz de perpetua salvación. ¡Ah!, no, nunca suena mejor el *Tantum ergo* que de noche, cuando en alto silencio y dominando los ruidos del mundo pecador, brota poderoso del encendido pecho de sencillos adoradores!

¿Podríamos ahora encarecer el efecto que nos produjo asistir a la Sagrada Vigilia de la Adoración Nocturna en la Basilica de S. Pedro en la noche del 26 al 27?... Organizada por el Consejo Supremo de la Adoración Nocturna de Italia, de acuerdo con los de Paris y de Madrid, aquella devotísima eucarística noche dejó en nuestro corazón motivo dulcísimo de recuer-

(1) Matt. 26, 40.

(2) *Media nocte surgebam, ad confitendum tibi:*

(3) *Super muros tuos Jerusalem constitui custodes. tota die et tota nocte in perpetuum non tacebunt.* Isai: 62, 6.

do y añoranza perpetuas. Mirando a todos, bendiciéndonos, en medio del Altar mayor, está Jesucristo, Hijo de Dios vivo, real, verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar; durante aquella noche feliz quiso tenernos a su lado, (1) quiso consolarse con la compañía de sus amados adoradores, y estos, en número de muchos miles, acuden presurosos al llamamiento de su Rey, Capitan, Padre, Redentor, esperanza, premio, y eterna Corona.

Doscientos Prelados; varios Cardenales, *el Papa mismo que preside*, que interviene y actúa en la Vigilia mezclan sus plegarias con las de los más humildes adoradores. Predicó con gran unción y muy elocuentemente Monseñor Bartolomasi.

Las enormes fatigas de aquellos días no han sido suficientes para obligar al Santo Padre a buscar el descanso que tanto necesitaba: en el Jefe divino de la Iglesia, en Jesucristo, *Amor sacerdos immolat*, el Amor, convertido en Sacerdote se inmola por nuestro bien; en el Jefe visible de la Iglesia, Pío XI, el amor a Jesús Sacramentado se ha convertido en Sumo Sacerdote, y allí está de rodillas el Augusto Vicario de Cristo, mirando de hito en hito a la Divina Hostia, rezando, entonando oraciones litúrgicas, celebrando la Santa Misa, dando la Sagrada Comunión a muchos centenares de adoradores, *inmolándose* por la gloria de Jesucristo y por la salvación de las almas en las altas horas de la noche del día 26 y en las primeras de la mañana del día 27.

Esa edificante, magnífica, insólita intervención del Santo Padre Pío XI en la memorable vigilia, nos ha dado motivo para calificarla de *Apoteosis de Jesús Sacramentado*.

La Apoteosis de Jesús Sacramentado en la Procesión del día 28.

No se puede ponderar en pocas palabras el triun-

(1) *Anima mea desideravit te in nocte* Isai: 26.

fo de Jesús Sacramentado en la procesión del día 28. Los moradores de Roma se dan cita para ocupar casas, plazas y calles del trayecto; rivalizando en obsequiar y vitorear al Rey de Reyes; la explosión del entusiasmo surge avasallador aún en calles que no gozan de la mejor fama; (1) así Tomás que se mostraba incrédulo delante de sus compañeros, cayó de rodillas ante Jesús mismo: multitud de estandartes y banderas de las Adoraciones diurna y nocturna ondean en el aire, mostrando en sus blancos pliegues las imágenes atractivas de la Hostia salvadora, bordada en oro purísimo: coros imponentes de voces, sostenidas y acompañadas por varias bandas de música cantan el himno Eucarístico del XXVI Congreso; miles de seglares, devotísimos y santos exaltan con loores al Santo, al Justo y miles de religiosos y sacerdotes para quienes la Eucaristía es el Tabor y el paraíso en la tierra y unos tres centenares de Redmos. Generales de Ordenes religiosas, Abades mitrados, Obispos, Arzobispos... y formados «*cuatro a fondo*»; varios Emmos. Cardenales preceden y acompañan en su gloriosa carrera al salvador del mundo, presente en el adorable Sacramento.

Varios Emmos. Cardenales, relevándose de trecho en trecho conducen en sus venerables manos el Arca del testamento del Señor en medio de universal júbilo y en el clamoroso vitoreo de músicas, aplausos y vivas.

Ya no son la Judea, Samaria y Galilea las que se despueblan para seguir a Jesucristo, recibiendo de El, en premio de su fé, beneficios milagrosos; es el mundo católico que, reunido, en su capital, Roma, festeja a su Divino Rey, y se afirma y se consolida en su fé y amor a Cristo y a su Vicario.

(1) Queremos decir fama de católicos, de piedad.

(2) *David et omnis domus Israel ducebant Arcam testamenti Domini in jubileo et in clangore buccinae.* II Reg. VI 15

Tres veces se bendijo al pueblo con el Santísimo Sacramento: una, desde el pórtico de la Basílica de Santa María la Mayor; otra, desde el balcón central de la Basílica de San Juan de Letrán—*Ecclesia Urbis, Mater et Caput Ecclesiarum*—que era el destinado para las bendiciones papales: otra, cerca del Anfiteatro de Flavio, desde un hermoso altar, colocado debajo del Arco de Constantino.

Renunciamos a describir la grandeza del espectáculo en el momento culminante de las bendiciones: quien conozca la magnificencia de aquellas Basílicas y la inmensidad de las plazas que la rodean, podrá quizá recomponer la hermosura de aquel cuadro, y sin quizá, comprender el embarazo en que nos hallamos, para trasladar al papel nuestras emotivas impresiones.

Confidencialmente, sin embargo, hemos de confesar a nuestros lectores que la más fuerte de todas fué para nosotros, al divisar en el recorrido de la procesión los ingentes muros del *Coliseo*.

Instintivamente volvimos la vista a Jesús Sacramentado, luego al Anfiteatro de Flavio; y al considerar que el Santo de los Santos se acercaba a aquella plaza, regada con la sangre de tantos millares de santos mártires, al recordar que allí mismo dieron valiente testimonio de su fe cristiana niños de poca edad; doncellas delicadas, ancianos decrepitos; justo es declarar que nos sentimos más *cristianos* que nunca: no pudiendo ahogar dentro del pecho los sentimientos que nos embargaban y que pugnaban por salir fuera murmuramos la célebre frase de los mártires: *soy cristiano; mi nombre es cristiano; mi apellido, cristiano; mi profesión cristiano*; sean de buen cristiano mi vida y muerte: *Te Dominum confitemur...* oyeron los mártires nuestra humilde confesión y nos pareció que hasta sus huesos saltaron de gozo en sus tumbas venerandas; la oyó el Señor y nos pareció que volvía hacia nosotros sus ojos, divinamente misericordiosos.

Todos los cultos eucarísticos fueron coronados el día 29 con la exposición del Santísimo Sacramento y canto del Te Deum: otra vez más ofició en esta solemnidad el mismo Santo Padre.

Audiencia privada.

Recibidos en audiencia privada varios Prelados españoles, bien quisimos besar el pie al Pastor de los Pastores, pero no se nos consintió: en el respetuoso ósculo que depositamos en el anillo del Papa, quedarán condensados todos los sentimientos de veneración y amor que mis diocesanos y yo guardamos y guardaremos a su Sagrada Persona.

Igual que su corazón, la expresión de su rostro y su palabra son dulces, amables y paternales.

Díjonos que conocía a España por los libros, por su historia, por sus monumentos de arte, célebres en el mundo entero; que admiró siempre no solo la piedad del pueblo español, sino que también sus rasgos y espíritu noble y caballeroso; que, impulsado por el deseo de conocer y querer más aún a España, abrigó en otro tiempo la esperanza de visitarla, pasando unos meses entre nosotros, esperanzas irrealizables ya. En esta audiencia privada, Su Santidad se dignó otorgarnos el singular favor de poder autorizar a todos los Señores Curas Párrocos, Ecónomos, Encargados de Parroquias, Capellanes, Directores de Colegios, Juventudes Católicas, etc., de la diócesis para dar, por una sola vez y en el día que señalaren, la BENDICIÓN PAPAL con indulgencia plenaria, que puede aplicarse en sufragio de los difuntos. (1)

La Audiencia Pública Mas de tres mil españoles

Número saliente, entre todas las audiencias públicas, fué la que concedió Su Santidad a los congresistas españoles.

(1) Veáse el n.º XII, 16 de Junio de 1922. Boletín Elcco.

Ninguna sala del Vaticano era suficientemente capaz para darnos cabida: fué necesario bajar al espacioso patio de San Dámaso: allí, a plena luz, pudimos ver, contemplar y oír a nuestro gusto al inmortal Pío XI...

Nos honraron con su valiosísima presencia, el Emmo. Sr. Cardenal Merry del Val, tan querido y respetado por todo español; su Alteza la Infanta Paz de Borbón y el Exmo. Sr. Marqués de Villasinda, Embajador de España en el Vaticano.

De Prelados recordamos haber visto a los de Pamplona, Salamanca, Tarazona, Vitoria, Ciudad Real, Ciudad Rodrigo, Lérida, Cádiz, Huesca y alguno más.

Hizo la presentación de los peregrinos Congregistas el Emmo. Sr. Cardenal Vidal y Barraquer en elocuente y muy sentido discurso.

España, dijo el Sr. Cardenal, (1) no va tan en zaga de otras naciones como algunos creen, en el progreso material. Mas cuando se trata de religión, SSmo. Padre, sin falsos alardes podemos asegurar que camina a la cabeza de todas.

Desde el Rey D. Alfonso XIII (q. D. g.) que consagró públicamente su nación al Corazón Divino de Jesús, y que hace ostentación de ser hijo sumiso de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, hasta el último vasallo; desde el Primado de las España hasta el último clérigo; lo mismo el elemento civil, como el militar todos os profesamos singular, altísima veneración; grande y respetuoso afecto; santo y devoto amor.

Otros, no muchos, podrán llevar y ejercer primacía en otras cosas; no cedemos a ninguna la de la lealtad filial al Padre común de todos. Tended la vista, Santísimo Padre, a España, y hallaréis más reservas espirituales que en otra nación alguna; movilizadlas; yo

(1) Damos aquí un breve resumen del discurso, por no poder reconstituirlo íntegramente.

respondo de su obediencia a las órdenes del Supremo Jefe de la Iglesia: levantad el dedo y los españoles se dejarán dirigir sin dificultad; decid una sola palabra, y seréis al punto obedecido: un gesto, la más mínima indicación de vuestra Santidad es para nosotros orden, mandato, sagrado imperativo.

Al implorar de Su Santidad sus mejores bendiciones para nuestra patria amada; para el Rey católico, para la familia Real, para el Episcopado, clero, ejército y fieles todos; una especial para estos Congressistas que, durante los días del Congreso han dado patentes pruebas de sus fervores eucarísticos, permitidme también que os pida otra muy especial para nuestro ejército que lucha en la tierra ingrata de Marruecos contra el tradicional enemigo del nombre cristiano; para aquellos bravos soldados que van lavando con su sangre generosa las manchas y ultrajes que hizo el pérfido moro a nuestra gloriosa bandera.

En consonancia con el precioso y conmovedor discurso del Emmo. Sr. Cardenal Vidal y Barraquer, la hermosa y profunda improvisación del *Papa* fué un canto a la grandeza de España, a la que calificó repetidas veces de bello, magnífico país; un Himno a nuestra fe y religión, esculpida, —decía el Santo Padre— en graníticas piedras; dibujada en insuperables lienzos y tablas; exaltada por nuestros incomparables poetas y místicos; enseñada por nuestros grandes teólogos y canonistas; predicada por nuestros oradores, propagada por nuestros Reyes, conquistadores y misioneros, y practicada por nuestros grandes y celebradísimos Santos.

Hizo repetidas protestas de su sincero amor a España, congratulándose muy de veras de ver ante su presencia a Su Alteza la Infanta Paz, miembro egregio de la Real familia de España.

Felicitó con especial mención a los adoradores Nocturnos por su brillante cooperación a los Cultos y

sobre todo a la Gran Procesión Sacramental, manifestándonos que, bien enterado de todo, sabía que las *cincuenta banderas* de la Adoración Nocturna Española y los adoradores españoles que formaban bajo ellas fueron la nota saliente de aquella triunfal jornada de Jesús Sacramentado.

Sin relegar al olvido ningún detalle, referente a nosotros; con acentos de la más tierna y paternal dulzura, diónos gracias por las limosnas que depositamos en sus manos, asegurándonos que nos lo agradecerían como El, desde el fondo de sus inocentes corazones tantos millones de niños que luchaban con la muerte «*en miseria inefable*», víctimas de la horrible guerra y de la postguerra, no menos horrible.

Bendijo a Su Majestad el Rey, (q. D. g.), a la Familia Real, al ejército de Africa y terminó su magnífico discurso con estas palabras: que la bendición de Dios y la *mía* recaiga y descienda sobre vosotros, y sobre todos vuestros parientes, allegados y amigos; que Ella os acompañe en el viaje: Ella entre en vuestras casas, persevere con vosotros en la vida y en la muerte.

Levantóse el Emmo. Sr. Cardenal, por expresa indicación del Papa, a resumir el discurso del Santo Padre, —en castellano—, y al pedirle Su Eminencia por última vez, cariño preferente para España, reforzando su ruego con el recuerdo de ser él precisamente el Cardenal que ocupaba el asiento más inmediato, cuando Pío XI fué elevado al Solio Pontificio; levantóse el Papa y abrazó y besó al Emmo. Cardenal Vidal. Fué indescriptible la grata impresión que todo ello produjo en los numerosos españoles, allí presentes.

Su Alteza la Infanta Paz de Borbón.

Merece mención aparte, y muy honorífica, Su Alteza la Infanta Paz de Borbón. Después de haber actuado con brillante celo y competencia en el Congre-

so de Acción Católica de la mujer que se celebró, pocos días antes del Eucarístico, en la misma Ciudad de Roma; brilló a continuación en medio de todos, y especialmente de los españoles, irradiando en todos los órdenes grandes ejemplos de virtud y de piedad.

Fuera de la audiencia pública y de algunas solemnidades dentro de San Pedro en que ocupó asiento preferente; en los demás actos ponía tal empeño en ocultarse, formando entre la multitud, que hacía necesaria una formal pesquisa, para hallarla, y una formal insistencia de parte de todos, para que ocupara el puesto que le correspondía: bien presente tenemos lo que costó en la Basílica de los XII Santos Apóstoles hacerla subir a un puesto preferente. Como los saltos de agua tienen mayor eficacia y energía cuanto más del alto se precipitan sus cascadas aguas en lo bajo, así también el ejemplo de personas que, como Su Alteza la Infanta Paz de Borbón, destacan entre nosotros con el triple fulgor de la realeza, del talento y de la humildad no puede pasar desapercibido. No manejamos la lisonja; por eso, lejos de tonor reparo en alabar a la egregia dama de la Real familia española, teníamos verdadero empeño en poner de relieve el hermoso ejemplo que últimamente ha dado en Roma Su Alteza la Infanta Paz de Borbón.

Y como la humildad, altos y bajos podrían aprender de Ella la sencillez del trato, la modestia en el vestir, el espíritu del apostolado en el trabajar.

En el Colegio Español.

Los Rvdos. Rector y Superiores del Colegio Pontificio Español de San José, siempre celosos del honor y cariño que se debe a los Emmos. Cardenales Protectores, y a los Emmos. Cardenales, Arzobispos y Obispos Españoles, han puesto en todo tiempo verdadero empeño en demostrarlo así a nuestros Colegiales

romanos, más aún que con sus exhortaciones, con la fuerza avasalladora del ejemplo.

Después de desvivirse para que la estancia de los Prelados Españoles en el Colegio, fuese grata y feliz, obsequiaron a todos el día 27 con espléndido almuerzo, al mediodía, y con magnífica velada literaria musical por la tarde.

Presidieron el acto los Emmos. Cardenales Vico, Ragonesi, Vidal y un Car. alemán, cuyo nombre ignoramos, y la Infanta Paz de Borbón. El Emmo. Sr. Marqués de Villasinda, embajador de España y todos los Prelados ocuparon el puesto inmediato a los primeros.

Los numerosos congresistas españoles llenaron el hermoso salón de actos públicos.

Los expertos alumnos del Colegio Español representaron admirablemente un auto Sacramental, arreglado por Espinós.

El aparato escénico y la parte musical, muy bien. Allí los aplaudimos. Desde aquí, rendimos a los Reverendos Rector y Superiores nuestro testimonio de la más viva gratitud, y a los alumnos les enviamos nuestros parabienes y felicitaciones por sus éxitos en aquella fiesta, y por otros éxitos de cuantía en el campo del saber.

Alabado sea eternamente el Santísimo Sacramento del Altar.

Burgo de Osma 28 de Junio.

Víspera de la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

† MATEO, OBISPO DE OSMA

DISCURSO DE SU SANTIDAD PIO XI



En favor de las Misiones.

Nuestro compromiso de predicar en Avila el día 8 del presente mes nos impidió permanecer más días en Roma, para asistir al primer Congreso internacional de la Unión Misional del Clero. Afortunadamente, el número 103 del «Siglo de las Misiones», nos trae los Ecos de Roma, y del mencionado Congreso.

Dice así:

A LOS MISIONEROS DEL I CONGRESO INTERNACIONAL DE LA
UNIÓN MISIONAL DEL CLERO EN LA AUDIENCIA
DEL 3 DE JUNIO DE 1922.

Habría unos 40 Obispos y 500 sacerdotes. La recepción en la aula regia. Precedido de la guardia entró S. S., fué recibido con religioso silencio que al subir al trono estalló en aplausos espontáneos.

Hizo la presentación con gran entusiasmo y verdadero fervor el anciano Cardenal Prefecto Van Rossum.

Aquí tenéis, Smo. Padre, a los miembros del primer Congreso Internacional de la Unión, que se ha celebrado estos días con ocasión del tercer Centenario de la Propaganda. Agradecidos al interés con que habéis seguido sus trabajos, y al telegrama que el primer día os dignasteis dirigirnos y al celo heredado de vuestro predecesor con que secundáis nuestra obra, vienen a rendiros el testimonio de su filial adhesión.

Porque hoy más que nunca es preciso intensificar la acción para propagar el Reino de Cristo, han venido de todo el mundo a templar las armas y a adiestrarse para la conquista. Aquí los tenéis, Smo. Padre,

a vuestras órdenes. Ellos con la oración, ya que «nisi Dominus aedificaverit domum in vanum laboraverunt qui aedificant eam», y con su actividad están dispuestos a trabajar por la dilatación del Reino de Cristo entre los pueblos que no le conocen, como es el deseo del Corazón de Cristo y de su Vicario en la tierra.

EL PADRE SANTO, con palabra llena de afecto paternal y unción apostólica, y a ratos con señales de íntima emoción, se dignó contestar así desde su trono:

El ferviente y hermoso discurso de S. E. ha reflejado, mejor que lo que yo pudiera hacerlo, la belleza y grandeza de este acto.

Todo lo primero tiene un encanto especial, por el mero hecho de ser lo primero; pero el primer Congreso internacional de la Unión Misional del Clero ofrece una grandeza que linda con lo sublime y aun con lo divino, porque sublime y divina es la obra a la que habéis consagrado vuestras energías. Deseáis con ardor creciente de día en día encender en vuestros corazones el espíritu misional, es decir, el espíritu apostólico, aquel mismo espíritu que se difundió en aquel primer Pentecostés a los Apóstoles, y penetrados del cual y no pudiendo contenerlo dentro del pecho, el mundo entero les parecía pequeño para sus conquistas. Os proponéis difundir este mismo espíritu en todos aquellos en quienes pueda extenderse vuestra influencia. En vosotros y en todos queréis excitar el deseo de cooperar a la gran obra que están realizando nuestros beneméritos Misioneros y al efecto favorecer y propagar las obras establecidas en la Iglesia en favor de las Misiones: la obra de la Propagación de la Fe, de la Santa Infancia, de San Pedro Apóstol para la formación del Clero indígena y la obra para el rescate de los esclavos cristianos, y sobre todas ellas esta institución admirable de la Congregación de Propaganda Fide, encarnación viva y personificación grandiosa del espíritu apostólico

y misional en la más grande de sus manifestaciones.

Causa de infinita grandeza y sublimidad es la causa de las Misiones. Estamos asistiendo de nuevo en nuestros días a esta lucha gigantesca entre la muerte y la vida, «mors et vita duello confluxero mirando», lucha terrible entre el espíritu de Dios y el espíritu del mal. ¡Campo de batalla glorioso en que vemos a tantos hermanos nuestros luchar como héroes y morir como mártires! ¡Y cuánta gloria dan a Dios esos heroicos hermanos, cuántas almas libortan de la muerte y devuelven a la vida! Y qué hemos de hacer nosotros al ver, como decía el cardenal Prefecto, esas regiones inmensas que albean ya para la siega, ¡oh que terrible y doloroso es ver la gran posibilidad, la facilidad inmensa, la ocasión propicia que se nos ofrece de rescatar tantas almas y ver sin embargo cómo las almas perecen! Esto es lo que ha excitado vuestro celo, y aguijoneados por él os habéis movido a trabajar por conseguir el triunfo y para eso contribuir con vuestras fervorosas y eficaces oraciones, con vuestra ayuda material y con la cooperación práctica vuestra y de todo el mundo, a la gran obra de la evangelización de todos los pueblos y redención de todas las almas. Dichosos de vosotros que habéis concebido tan grandioso plan y que lleváis dentro del corazón un ideal tan sublime y tan divino.

Ese es el deseo más ardiente del Corazón de Jesús, el Corazón de Jesús que en aquella me atrevo a decir, descorazonada, divinamente descorazonada palabra se veía obligado a exclamar: «quae utilitas in sanguine meo? ¡Cómo se siente repercutir el día de hoy el eco de aquella voz del Maestro cuando se leen las estadísticas! ¡Tantos dolores, tantos sudores y tanta sangre del Hijo de Dios y después de tantos siglos de redención y... tantos millones de almas sin percibir todavía los frutos de salud! Y no ha sido por falta de

trabajo de parte de la Iglesia militante. Ahí está esa pléyade ilustre de Mártires de la Fe, que como el gran San Fidel de Sigmaringa han ofrecido su sangre en aras de tan sublime causa.

Cooperadores de esta gran obra, contad con mi aprobación, contad con mi apoyo. Yo os lo ofrezco complacido como Vicario de Jesucristo en la tierra. A ofrecéroslo incondicionalmente y sinceramente me siento obligado por Jesucristo mismo en el fondo de mi alma. Dichosos de vosotros que con vuestra cooperación a la divina obra del Apostolado por medio de las Misiones, os hacéis partícipes con los Misioneros de tanta gloria y de tan inmarcesible corona. Benditos seáis vosotros y todos cuantos en vuestras respectivas patrias y regiones sigan vuestras insinuaciones y respondan a vuestra voz.

También Nos queremos cooperar a la medida de nuestras fuerzas a esta obra tan Nuestra y ocupar el puesto que en ella Nos corresponde y cumplir el deber que Nos incumbe. Y quisiéramos ser ricos, enviáramos a los que son ricos porque pueden dar para esta obra lo que Nos deseáramos y no podemos dar. Si alguna pena sentimos en el corazón es de no poder seguir a los Misioneros y emular sus glorias apostólicas como ardientemente lo deseamos con todas las veras de Nuestro corazón. Acompañémosles siquiera en todas sus empresas, ya que no Nuestra labor y cooperación personal e inmediata, sí al menos Nuestra paternal, apostólica bendición, que desde aquí les enviamos y hacemos extensivas a todos los que en todo el mundo colaboran con ellos en la Obra divina de la evangelización y redención del mundo propagando y sosteniendo y favoreciendo las obras misionales.

Nuestro antecesor y padre de santa memoria el Papa Benedicto XV expresaba en su admirable Encíclica «Maximum illud» el deseo de que no hubiera Diócesis en el mundo donde no estuviese implantada

la Unión Misional del Clero. Nos que la vemos ya funcionar en tantísimas Diócesis del orbe, cuyas dignas representaciones estamos viendo ante nuestros ojos con tanta complacencia del alma, queremos pasar más adelante y decir más todavía que nuestro predecesor: Es Nuestro deseo que no haya parroquia en ninguna Diócesis del orbe, donde no esté convenientemente organizada la acción de la Unión Misional y que no haya sacerdote católico que no forme en las filas del glorioso ejército de la Unión. Oh ¡cuánta gloria daría esto a Dios y cuánto contribuiría a la salvación de innumerables almas! A vosotros os encargamos anunciar en todas partes este deseo ardiente de Nuestro corazón paternal en favor de la causa de las Misiones tan vasta, tan grandiosa, tan bella y tan soberanamente sublime.

Otro punto queremos tratar antes de concluir, en que aparece la admirable providencia de Dios que vela por esta obra de las Misiones tan suya y que urge y recomienda en manera extraordinaria esta particular obra misional de la Unión del Clero, cuyo triunfo y propagación maravillosa tan ardientemente deseamos. Y es las inmensas ventajas en el orden espiritual e íntimo que hemos de reportar sin duda de esta obra. No es tan sólo el mérito que se obtiene, ni la gloria de colaborar con tantos santos confesores y mártires, y la satisfacción íntima que se siente en ver cómo se procura tan inmenso bien a tan innumerables almas. Nos referimos principalmente a la interna y personal santificación que se operará en todos los sacerdotes que en el ejercicio de su santo ministerio dediquen especial atención a esta obra del Apostolado y de cómo es por su misma naturaleza inmediata y eminente santificadora.

Entre los peligros que lleva consigo el ministerio sacerdotal, tal vez el más grave sea la monotonía y la dificultad de perseverar con constancia en la práctica

del celo ardiente y fervoroso. Está consagrado a un trabajo relativamente oculto, en apariencia modesto, sin esplendor, sin emociones que dilaten el espíritu y transporten al operario a regiones donde se respire puro y confortante ambiente de grandes y santos ideales, y perseverar en él con celo siempre vivo y palpitante, es cosa muy difícil a nuestra débil y tornadiza naturaleza. Pero cómo se levanta el espíritu del Sacerdote, y cómo recobra nuevas fuerzas para perseverar con tesón en la lucha ruda y en el trabajo fatigoso, si en su ministerio sacerdotal introduce este ideal misionero, este elemento de apostolado y de conquista que es lo más glorioso y aun exteriormente lo más alucinador y fastuoso de todas las obras y actividades de la Iglesia. Un alma en continuo sacrificio y holocausto por la causa de la verdad, por el triunfo de la justicia, por el amor de sus hermanos redimidos con la misma sangre de un Redentor común, he ahí la imagen sublime del Misionero católico. Y a su obra divina de Redención se asocia y presta su colaboración valiosa el sacerdote que forma parte y cumple con el programa de la Unión Misional. Obra de una grandeza y esplendor verdaderamente épicos, pero con una épica divina, en la que se reverbera con divinos centelleos el esplendor de la Majestad de un Dios Creador y Salvador universal del mundo.

El solo pensamiento de pertenecer a una misma familia con tantos héroes hermanos nuestros, como están sosteniendo intrépidos en las fronteras las luchas de la fe, cómo alienta y estimula a seguir trabajando cada uno en nuestro puesto para no desmerecer de tanto valor y heroísmo. ¡Oh! cómo santifica nuestra alma sacerdotal y levanta nuestro ministerio el espíritu misional.

Quiera el Espíritu Santo darnos a sentir íntimamente la santidad, la belleza, la gloria y el mérito de

esta obra a la que hemos prometido cooperar con todas las energías de nuestro espíritu.

Terminamos manifestándoos Nuestro reconocimiento como Vicario de Jesucristo en la tierra y otorgándoos de muy buen grado la bendición que me pedís a fin de que la gracia Divina informe todas vuestras empresas y las corone de felicísimo éxito.

Caiga Nuestra bendición de Padre sobre todas vuestras intenciones y sobre todos los socios de la Unión en el mundo a quienes representáis y sobre todos los fieles entre quienes trabajáis por infiltrar el espíritu misionero y apostólico, y extendiéndose y dilatándose cuanto se extienden los confines de la tierra, alcance ella también a todos nuestros heróicos y beneméritos hermanos los Misioneros que con tanto celo y ardor batallan en primera línea, y sea ella augurio de gran prosperidad y bienandanza para la nobilísima, sublime, divina causa de las Misiones.

*(Texto tomado y transmitido por
el R. P. Víctor Elizondo, S. I.)*



OBISPADO DE OSMA

CIRCULAR

rogando se hagan funerales por los muertos en la Campaña de África.

El día 21 del presente mes se cumple, Amadísimos Diocesanos, el aniversario de aquella luctuosa fecha en que la perfidia y la traición de los hijos de Islam, nuestros seculares enemigos de allende el Estrecho y enemigos también del nombre cristiano, nublaron por un momento el sol de nuestras glorias militares y llevaron el luto y el dolor a multitud de hogares españoles.

No pretendemos, Amados Hijos, con estas líneas renovar las heridas que aquellos trágicos sucesos abrieron en el corazón de tantas madres que lloran aún la pérdida del hijo amante en las ingratas regiones africanas. Antes como Pastor de una porción escogida del rebaño de Cristo, pretendemos llevar a todos los pechos oprimidos por la desgracia y el infortunio el bálsamo consolador de la plegaria y la oración con que la religión católica sabe mitigar el dolor de los que sufren en este valle de lágrimas, al mismo tiempo que pide al Padre de las misericordias la eterna paz y el descanso eterno para los que murieron sellados con la sangre del Cordero.

Ya en la Circular que os dirigimos a raíz de los sucesos que todavía lamentamos pedíamos al venerable Clero de Nuestra Diócesis que en el Santo Sacrificio de la Misa hiciese un *memento* especial por los muertos en Marruecos y os encarecíamos a todos la necesidad de elevar fervorosas súplicas al Dios de los Ejércitos que en los inescrutibles designios de su Providencia había permitido cayesen sobre España las sombras de aquellos trágicos momentos.

Por esto, cuando la Junta patriótica, constituida en la Capital de la Provincia para allegar recursos

con que atender a las necesidades de la guerra y sobre todo, para procurar toda suerte de auxilios a los soldados sorianos, Nos comunicó por medio de su dignísimo Presidente, el Excmo. Sr. Gobernador Civil, la feliz iniciativa de conmemorar la fecha del 21 de Julio, celebrando un solemne funeral por los soldados de la provincia muertos en la Campaña de Africa, Nos no pudimos menos de alabar tan elevado pensamiento que pone de relieve los nobles sentimientos de patriotismo y caridad cristiana de sus iniciadores, y prometimos prestar todo el calor de nuestros entusiasmos de español y de Obispo a una idea tan humanitaria, tan patriótica y sobre todo tan eminentemente religiosa.

A este fin, rogamos con todo encarecimiento al Ilmo. Cabildo Catedral, al Cabildo de la I. I. Colegial de Soria, a los Rvdos, Párrocos y Encargados de Parroquias que procuren con todo empeño celebrar el día 21 del presente mes un solemne funeral en sufragio de los muertos en la Campaña de Africa, invitando a las autoridades y anunciándolo al pueblo, a fin de que los fieles todos unan sus súplicas a las solemnes oraciones de la Iglesia.

Quiera el Señor abreviar los días de la guerra y conceder el descanso eterno a los que murieron luchando por su gloria y por España, para lo cual concedemos 50 días de indulgencia a cuantos asistan a los indicados funerales.

Burgo de Osma, 2 de Julio de 1922.

† MATEO, OBISPO DE OSMA

SUMARIO: La Visita ad Limina y el XXVI Congreso Eucarístico internacional.—Discurso de Su Santidad Pío XI en favor de las Misiones.—Obispado de Osma: Circular rogando se hagan funerales por los muertos en la Campaña de Africa.
